



LA REVOLUCIÓN Y EL MATRIMONIO SON UN SUEÑO ETERNO

📖 ENSAYO DELIRANTE 📖

POR
NICOLÁS A. VALDÉS MAVRAKIS

PRIMERA PARTE

*Para la que me enloquece.
Y para Helen Hunt, desde ya...*

Paul Buchman: What's the big deal with Valentine's Day? It's a made-up holiday. Nobody even knows who this St. Valentine guy was.

Jamie Buchman: He was a Roman priest who defended the Christians and was beheaded by Claudius II on February 14, 269 A.D.

1. I WANT TO HOLD YOUR HAND

Fue filmada en Culver City, California, a escasos minutos de distancia de donde nació Helen Hunt. Ambientada en New York, a lo largo de la década de los noventa (1992-1999), esta serie se propuso un logro complicado por

lo difuso y engañoso del asunto; y se lo propuso además muy a contrapelo del monótono discurso de inestabilidad, desequilibrio y trance “posmo” típico – aún más - en aquellos no tan lejanos tiempos. Porque la serie apostó, decíamos, a tener como eje nada más y nada menos que a una pareja de enamorados de Manhattan – y hasta acá nada nuevo -, pero, y he aquí el *quid* de la cuestión: esta pareja, además, constituye una de las instituciones con peor prensa, pésimas referencias históricas y más cuestionamientos en los últimos tiempos: el matrimonio. (*El matrimonio es una maravillosa institución – decía Groucho Marx -, pero, ¿quién quiere vivir en una institución?*)

Y sin embargo... Parejas, en la televisión, ha habido miles. Matrimonios, cientos; tal vez, *también* miles. Ahora bien, ¿y series *sobre* el matrimonio? Desde ya: amor, sexo, romance y hasta hijos: *todo* eso es infinita materia prima de cualquier narración y más aún de cualquier programucho televisivo. Si, innegable. Pero... ¿y el amor *y* el matrimonio? Interesante planteo para un dúo. (*Aclaración de entrada: Todo lo aquí escrito no pretende analizar ni comprender el fenómeno de los matrimonios. Sería imposible, inaccesible para quien escribe; sólo pretendo hurgar en el singular éxito de un matrimonio televisivo en una de las series de tv más vistas en la historia. Sigo*)

Uno piensa en matrimonios idílicos y piensa en los Ingalls. Basta repensarlo y en seguida la conclusión salta a la vista: no eran normales. Pero parejas conocidas de la tele han habido muchas en estos últimos años de celuloide. Mulder y Scully, histericones ambos, nunca llegaron a nada. Homero y Marge Simpson se acercan mucho a la realidad, pero su mayor defecto sigue siendo estar dibujados. Pero, a ver, una serie específica sobre una pareja a través de un matrimonio...

Por otro lado, los noventa son un perfecto telón de fondo. Nihilistas convencidos, estamos todos en primera fila de la última década del milenio

para contemplar el fin de las ideologías, de la Historia, de las utopías y de todos los sueños, al menos como hasta entonces. Y está muy claro: el amor, desde ya, también está en la mira. El matrimonio ni hablar; es carne de cañón facilonga; está en la mesa de saldos del siglo XX desde el XIX, y quién - ¡por el inexistente Amor del inexistente Dios! - iba a dar dos mangos por él. Década revisionista y renovadora, “versátil”, el feminismo bien entendido se asienta y las costumbres sociales y cotidianas no se quedan atrás. Los valores se vuelven cuestionables, muchos cambian y otros se derrumban; las costumbres, los hábitos, los vínculos, también padecen de revisionismo crónico agudo. Todo parece ser cuestionable, confuso, difuso y discutible. Prima el individualismo. Las parejas no escapan a esta lógica, tampoco. Los divorcios se suceden y hasta son motivo de reunión y festejo social. La frivolidad y el exitismo convierte los fracasos en victorias: es una década de renovación tecnológica, de globalización; de mescolanza y zafarrancho. Un *upgrade* general que también se traslada a elementos sociales como... el matrimonio. Incluso *especialmente* al matrimonio. O al amor, que vuelve a escribirse con minúsculas lejanas de todo romanticismo. Como pareja, al principio él era un neurótico cuyos comportamientos (y también en la actuación del personaje) era, si no una copia modesta, un símil estilizado de Woody Allen. (¿O del “personaje” Woody Allen? ¿Quién lo podrá saber alguna vez?). Ella, entonces, tenía el rol de la mujer concienzuda y firme, era la estable. Estos roles, con el pasar de “las temporadas”, se fue invirtiendo. (Nadie sabrá jamás por qué – como en las mismas películas de Woody – siempre son las mujeres las auténticas y legítimas increíbles neuróticas perfectamente creíbles y perfectamente aceptables por cualquier público).

Volvemos, entonces, al inicio de la cuestión: Amor y Matrimonio, juntos ¿existen? ¿Perduran? ¿Son compatibles? ¿Todavía a esta altura del siglo, del fin de milenio, a principios del Siglo XXI, los matrimonios son posibles? ¿Y

si lo son, a qué precio? Paul y Jamie Buchman, juntos y con rigurosidad ortográfica, terminarán por decírnoslo: Amor no es una palabra grave.¹

2. GOLDEN SLUMBERS

Un planteo parecido a lo anterior debe haberse oído alguna vez en algún despacho de la NBC, en 1992, mientras Paul Reiser y Danny Jacobson, creadores de la serie, intentaban convencer a adustos ejecutivos televisivos de que era una buena idea para una *sit com*. Junto a su esposa (la de Reiser), una de cuyas amigas era la actriz Helen Hunt, y también con ella, habían discutido alguna vez en una fiesta ciertos avatares hilarantes y no tanto alrededor de estas cuestiones maritales. O “de pareja”, para usar el término moderno. Se concebía eso que se llama “un concepto”, que luego evoluciona a “una idea” para, al fin, convertirse en “un proyecto”. Volviendo a la NBC: afortunadamente, Reiser convenció a estos capitalistas de la televisión y, casi en seguida, a millones de televidentes, en todo el mundo, quienes devoraron cada uno de los 164 episodios filmados.

Por la pantalla de *Mad About You* pasaron, como invitados, desde Jerry Lewis y Mel Brooks hasta Sidney Pollack, Billy Joel, Bruce Willis, Yoko Ono, Jerry Seinfeld, Steve Buscemi (Mr. Pink en *Reservoir Dogs*), James Cameron, John Astin (aka: Homero, en *Los Locos Adams*), Michael Richards (aka: *Kramer*), Jay Leno, Kevin Bacon y el alcalde de New York Rudy Giuliani. Fue muy exitoso, quiero decir.

El éxito fue a veces estrambótico: existe un libro de doscientas páginas donde los fanáticos acumularon su fervor por la serie (*What's Your "Mad About You" IQ?: 601 Questions and Answers for Fans*, de un tal Stephen J.

¹ *Weed (Hierba)* se llama uno de los documentales más importantes que filma Paul Buchman. La hierba: lo aparentemente inválido, inútil; eso que todos vemos tan primario y estático, con la rigidez de lo muerto, pero que, descubrimos, vive con igual intensidad, entusiasmo y fuerza que lo que más. ¿La idea no se parece un poquito a lo que pasa con “el matrimonio de los `90” según el programa?

Spignesi, Citadel Trade, EE. UU, 1995). La última vez que consulté, en Amazon valía 1.79 dólares. Usado, pero también había uno nuevo. Mientras Helen Hunt acaudaló premios a rolete y filmó, además, siete películas (entre las que se hallan enormes éxitos de taquilla, y Shakespeare, y policiales, y una romántica como *co-star* de Jack Nicholson), Paul Reiser, por su lado, llegó a participar en dos películas como actor (en una sin figurar en los créditos, *The Story of Us*, 1999, con Bruce Willis y Michelle Pfeiffer) y aprovechó la bolada para incursionar, por si fuera poco, en las *belles lettres*: hizo dos libros: en 1995, pleno apogeo del *show*, escribió *Couplehood* (algo así como “Parejidad”), 224 páginas editadas por la casa Bantam donde Mr. Reiser – “*television’s sharpest, funniest observer of love, marriage and other mysteries of life*” – divertidamente traza su plan perfecto para vivir feliz en pareja; y entre lo serio y lo cómico, el libro estuvo 40 semanas seguidas como *best seller* en el *New York Times*. En 1998 volvió a la escritura, ahora con *Babyhood* (título que no me atrevo a traducir), pero que obviamente trata sobre bebés, claro. 288 páginas editadas ahora por Avon, que tratan sobre – a la par de la serie – anécdotas ilustrativas de la vida real de Reiser con sus hijos, que son, además de sus hijos, y como “hijos genéricos” para el público, el paso lógico de todos aquellos quienes viven en pareja – felices lectores de *Couplehood* - y pueden, ahora sí, planear tener los propios y comienzan ya a preguntarse qué hacer con ellos. Pero no fue tan exitoso como el primero.

3. ALL YOU NEED IS LOVE

Una *sitcom*. Una comedia de situaciones, treinta minutos semanales de gags hiperpulidos y guiones llenos de ese falso ingenio un poquito fatuo, paradigma del entretenimiento frugal televisivo norteamericano por excelencia. Hiperconsumitas, el fraccionamiento y variedad de las mercancías también se refleja en ese estilo de tele tan típico por allí (pero

eso es otro tema). En definitiva, había que ser graciosos. Lo fueron, con calidad y altura, a lo largo de 61 guionistas ², muchos de ellos excelentes (entre los que se incluyen los propios Reiser y Hunt), y 13 directores en siete años. Pero la gran mayoría de los capítulos sirven a su propósito doble – son exitosos comercialmente y *además* aportan algo interesante a la cuestión – porque son – o pretenden ser – realistas y no sólo cómicos: ¿o es *tan fácil* vivir cuando se vive con alguien más que, para colmo, es la esposa o el marido? (Yo no lo sé, aclaro. Soy soltero, pero también soy muy observador. De mis observaciones reales y virtuales se desprende todo lo que escribo. Me imagino que ser soltero permite que uno perciba las cosas con más objetividad, además de sin ningún tipo de experiencia – salvo como testigo circunstancial de diversos matrimonios y el hecho preciso de existir como producto mismo de uno de ellos. Pero algo bueno debe tener la serie; contagia entusiasmo.)

Parecería ser que en el matrimonio – o *ahora*, en los matrimonios – cada decisión es mutua y compartida; sillones, casas, viajes, hijos, amigos, parientes, suegros, cuñados, niñeras, psicoanalistas, terapias, el amor, el sexo, más psicoanalistas, la comida, el miedo, la esperanza, la convivencia, la cama, la televisión, las órdenes, la fidelidad, las mascotas, el dinero, el espacio mismo del departamento... nada de aquello escapa al debate, a la conciliación mutua, al respeto y la tolerancia con y por el otro: el Poder se horizontalizó.

Y *todo* lo que es plausible de ser tema de interés y conflicto para un matrimonio fue tratado en el programa. Lo cual nos lleva a una cuestión no menor y que olvidé mencionar concretamente al inicio: el concepto – fresco, renovador – de matrimonio a mostrar en este programa. Porque no es ni idílico ni tormentoso (no es ni el “macho-proveedor” con la esposa

² Toda una cuestión la de los guionistas de tvé. De entre los 61 escritores, muchos trabajaron simultáneamente en uno o varios programas más. Había gente *de Seinfeld, Dharma & Greg, Friends, The Nanny*, y otras. El caso de los directores es todavía más promiscuo.

enclaustrada en la cocina de los '50, ni la esposa-inquieta-resignada de los '60, ni los incompatiblemente trastornados por conflictos individuales de los '70, al estilo *Annie Hall*, ni tampoco llegan a ser los marido-esposa-autosuficientes-buen convenio económico-amoroso de los '80). Más bien apuntan a un concepto equitativo de matrimonio "fin de siglo": él y ella trabajan, son profesionales y tienen ambiciones. Paul es reflexivo, compasivo, entendedor y compañero; un buen tipo cariñoso y enamorado al que le gusta el cine y los Beatles, que quiere vivir su vida tranquilo y, si puede, hacer felices a todos los demás. Jamie es también cariñosa, pero de carácter muy fuerte, muy inteligente y algo neurótica; es psicologizante, es divertida, es calculadora, intelectual pero decidida, y siempre – como toda mujer – será muy práctica y no pocas veces tendrá la razón. Ambos descreen de entrada del matrimonio y no quieren ser como sus padres; tienen sendas preferencias y personalidades rotundamente distintas. Y éstas pueden hacerlos chocar, pero – y este es el desafío que asumen - no lograrán hacerlo hasta el punto de separarlos. ¿Y por qué no? Porque han decidido también casarse *a pesar* de amarse, *a pesar* de sumarse a un régimen de vida – a una institución - que suele mostrarse en todos lados como o desgastado y rancio, o sencillamente inviable. Pero no lo hacen para seguir un estatuto o un mandato social y religioso, no. No hay un mandato externo; sí hay una mutua voluntad individual de prosperar como pareja. A su modo, son egoístas y se desprenden de la estructura social que utiliza al matrimonio como función más estructurante aún. En estos dos tórtolos, el amor, que todo lo puede, funde en parte dos voluntades – claro que no *la totalidad* de su voluntades: lejos de convertirse en un binomio de autómatas, jamás dejarán de tener cada uno sus diferencias y discusiones con el otro; entonces mejor escribamos así: algo de sus voluntades se funde aunque nunca jamás sus personalidades -, encaminadas hacia un mismo fin: amarse y ser felices juntos. Lo hacen por ellos mismos y para sí mismos. Filosóficamente, con el permiso de Sartre – ¡jojo, sin darme aires! - podría

ponerse así: van a intentar que el *en-sí* (el matrimonio, esa cosa) exista en función del *para-sí* (para ellos, dos individuos, un hombre y una mujer, que se aman).

Van a ser como sus padres, *pero no van a ser como sus padres*. Y lo hacen poniéndose de acuerdo en tres cosas: se aman, se tienen mutua confianza y siempre, *siempre*, van a decirse la verdad. No importa *nada más*. Intentando que la pista de baile no se incline totalmente hacia uno de los bandos, Amor y Matrimonio les resulta por momentos una delicada danza entre Eros y Tánathos.

No, no eran los Ingalls, *nunca* se habían propuesto serlo. Los Ingalls no tenían voluntad: su matrimonio era eso: una cosa, firme y sólida como una roca, es verdad, pero igual de dinámica y divertida, hay que reconocerlo.

4. REVOLUTION

De entrada voy a plantar (no a plantear, sí a plantar) mi "tesis" al respecto (si total...). Es ésta: nos dicen (los posmos) que es el fin del sueño; que la utopía marxista fracasó hasta desaparecer y que la utopía capitalista (usted tal vez no lo sabe, pero existe una: la de igualdad de oportunidades para todos, no se ría) degeneró en la voracidad plenipotenciaria de las redes comerciales globales, esas que explotan sin cuartel ni piedad a cuanto humano se les cruce. En este contexto, por lo pronto, el amor parece no tener cabida ni mucho menos; es más, parece un contravalor, un vicio arqueológico pequeñoburgués, o peor, una ilusión lumpen, una grasada, algo inútil y desechable, lo que en porteño clásico se diría "una boludez". Pero en los años de auge de la nueva "era posmoderna", esa gran papelera de reciclaje de las costumbres y valores pasados, los de la caduca modernidad, durante toda esa milonga, pues, se concreta un arrebató prometeico: se reivindica al Amor mediante la reconstrucción del Matrimonio, a través de un programa de televisión con un público masivo

en todo el planeta. A los “dioses” de la época les robaron de nuevo el fuego, para que lo vean por tevé. Una y otra idea (o valor, o costumbre, o institución, o estructura, o... lo que fueran), el Amor y el Matrimonio como compromisos positivos y fructíferos, se relegitimizan mutuamente, graciosa, alegre, furtiva y gloriosamente *a la vista y al alcance de todos* ³. Resisten, son mínimas chispas, que a la vista y admiración de miles de televidentes pueden devenir en tremebundo fagonazo. Conclusión: no *todas* las revoluciones habían muerto, al parecer. Aun ese mismo código dominante de egoísmo puedo darse vuelta y usarse para fomentar el exacto contrario, que es el Amor.

Ahora vamos a tratar de justificar este barullo.

Mad About You duró siete años. Hasta no hace mucho, era la serie que más audiencia había tenido en la historia de la televisión yanqui. *Everybody loves Raymond* le ganó hace poquito, ¿pero quién hace ensayos sobre eso?). Hacia los últimos años, la pareja cobraba un millón de dólares por episodio filmado (Hunt ya había ganado un Oscar como Mejor Actriz, pero seguía actuando en su serie de televisión – en la que, además, invertía co-produciendo. Primera actriz en la historia que lo hace). Pero el fin, inevitablemente, se acercaba. Bien podría argumentarse: *los acabó la comezón del séptimo año*, como a un gran número de matrimonios. Pero no fue así. Al menos no precisamente así. Sencillamente, ya no daba para más: todo estaba dicho, seguir hubiera sido un despropósito. Y como estamos ante entendidos, nada mejor que confesar una muy obvia verdad: la última temporada, excepto el final, estuvo de más. En esto bien pudo haber influido el trascendental evento de haber cobrado guarangos U\$S 1.000.000

³ Al alcance de todos porque, para el caso, no importa si uno conoce o no el programa, si lo vio o no lo vio: el hecho es que el Amor se festeja y se cree en él, hasta hacerlo posible. Y es posible que exista, ya si es posible que uno pueda creer en ello. Nadie está exento de esto, tenga o no televisor.

por capítulo, cada uno, durante esta *last season*. La meta, indudablemente, ya había sido cumplida.

De hecho, en el último capítulo descubren que no habían estado *realmente* casados nunca⁴. Se casan, ahora en serio, pero ya no es ningún evento. Entonces se cifra una gran lección, otro sano síndrome del “revisionismo” de los posmodernos noventas: los papeles, los anillos, las fiestas y las conmemoraciones pueden, *de repente*, no ser nada. Todo aquello había resultado ser mero artilugio: lo necesario, lo que realmente se necesitaba para construir una relación sólida “de pareja”, estaba en otro lado; no se compraba ni se firmaba, es claro. Ahora bien: no estaban casados, entonces, pero, de algún modo, sí lo habían estado. Habían vivido todos aquellos años creyendo ser que eran lo que *parecían* y *sentían* que eran. Ser y parecer, a veces, resulta ser un exacto equivalente. Habían estado viviendo como se vive y se siente en los sueños; todo había sido, en definitiva, una realista y hasta palpable ilusión, una muy verídica y verosímil versión de la realidad, pero sólo eso: sólo una versión, una versión que resultaba ser, después de largos siete años, muy borgeanamente, un sueño. Un largo y riguroso ensayo. Pero de tal modo, más allá del formal tecnicismo, *habían sido, sí*, un matrimonio feliz. Despiertan del sueño con una certeza: ser y parecer – estigma de los tecnificados y cibernéticos noventas – resultaba ser lo mismo. Con miedo, confundidos, habían empezado hacía ya casi una década sin saber muy bien qué algo que no sabían cómo se hacía. Y algo han descifrado: el matrimonio había sido un sueño, pero el Amor siempre había sido lo real. Inmersos en la era del individualismo puro y de la competencia neoliberal descarnada, los tórtolos logran rescatar *revolucionariamente* contra toda posible expectativa y ante las más adversas predicciones, casi intacta, una de las últimas utopías que todavía la Época no logró arrancar de cuajo del imaginario colectivo: el Amor. La posibilidad de cultivar ese

⁴ Y en el penúltimo capítulo, que eran lejanos primos. No conviene recordarlo... pero sí tener en cuenta que dichos “papelones” de guión estaban mejor pagos en ese momento que El Mejor Guión Posible, arquetipo platónico de escaso valor en el mercado actual.

pequeño jardín compartido en el corazón de dos personas todavía tiene derecho a existir. Cursilerías baratas si las hay, pero no es verdad de perogrullo que no hay felicidad posible sin el Amor que, dentro de todo, hicieron posible y se supieron conseguir. Yo los felicitaría, con laureles, de pie. No todos los sueños quedaron perdidos en el vendaval del cinismo posmoderno “progre”. El sueño no está terminado: como toda revolución (y tal vez como todo matrimonio), es un sueño eterno.

No es tan poca cosa que el Amor sea la única utopía que se muestre rescatable después de la caída de todas las utopías socialistas del siglo XX. Por otro lado, ese Amor siempre será el primer motor de todas ellas, y si no logran apagarlo, si aún en aquellos países donde la auténtica fraternidad y la solidaridad parecieran importar tres pitos, si aún ahí perdura (masivamente) un dejo de esperanza y fe en al menos *ese* Amor, será cuestión de tiempo, sólo de tiempo, hasta que poco a poco comiencen a resurgir aquellos otros - en otras formas, tal vez, por qué no, qué suerte - que alguna vez cambiarán al mundo. *All you need is love*, cantaban Lennon, McCartney, Harrison y Starr, hace 40 años, y ya nos queda más claro por qué son genios: porque tenían razón, y la tienen hasta el día de hoy.

No todos los sueños quedaron perdidos en el vendaval, decíamos. Y ahora que Paul y Jamie lo descubrieron, juntos, pueden casarse en paz: es el momento de vivir el sueño. Y lo vivirán eternamente. Juntos, *as usual*.

¿Qué terminan por demostrar los Buchman a través de aquellos años que nos muestran de su matrimonio? Quién sabe. ¿Que el matrimonio se redujo a una formalidad vacía pero que, si se quiere, puede volverse a llenar con un nuevo significado de compromiso amoroso entre dos personas? ¿O que, en definitiva, las parejas deberían ahorrarse la presión de vivir casados y sólo preocuparse por vivir felices? ¿Existe, entonces, el Matrimonio *junto* al Amor? Yo no lo sé. Por lo menos apuestan a que es posible, si hay con

qué. Lo seguro es que por el Amor – al menos por una ilusión romántica del Amor llevada con sus dramas y alegrías a una práctica concreta y comprometida como lo es el matrimonio, (si éste fuera “lo que tendría que ser”, o sea, síntesis del amor real) - hacen bastante. Y ahí, convengamos, los formalismos y los rótulos a veces pueden sobrar.

(*Seinfeld* es la otra gran serie de la década y, también, es la exacta antípoda casi especular de ésta: es el culto a otra forma de pensamiento individual y de egoísmo desprejuiciado: el de los solteros. Varias veces las series se entremezclaron y sus personajes se cruzaron en sendas series. Podrían distinguirse así: en *Mad About You* el amor es una forma de egoísmo practicable dentro de una pareja, desprejuiciada y despreocupada ante los hábitos tradicionales de una sociedad que los está discutiendo y renovando – y que tal vez por eso mismo estén en una suerte de confusa nebulosa entre lo nefasto y lo idealista -; en *Seinfeld*, en cambio, el amor es exactamente igual, pero impracticable dentro de una pareja: sólo es posible para el propio individuo, como escudo ante esa misma sociedad “en trance”. Es un amor bastante onanista. En síntesis, *Seinfeld* y *Mad About You* son dos variantes del mismo escudo contra un idéntico “mal de época”).

Nicolás A. Valdés Mavrakis ®

Primera versión: Febrero 2004

Corrección y puesta en limpio: Marzo, Abril

y hasta una parte de Mayo de 2004

Fuentes:

www.madaboutthelen.com

www.imdb.com

www.geocities.com/TvPilotGuy/madaboutyou

más mucha imaginación, un poco de tiempo libre y voluntad.

